# CERVANTES Y EL TEMA HAGIOGRÁFICO EN EL *QUIJOTE*: CUATRO BULTOS EN UN PRADECILLO (II, 58)

**Michel Moner**

La representación de la figura del santo, los milagros, martirios y reliquias que suelen acompañarla, la devoción que suscita, son otros tantos problemas candentes en la España de la Contrarreforma, amén de que atañen a una faceta muy controvertida de la personalidad de Cervantes: la de su su pensamiento religioso y de su peculiar (?) cristianismo.[1] Ahora bien, resulta que desde algún tiempo a esta parte la cuestión deja al parecer de ser tan conflictiva. Se filtra entre los trabajos recientes, especialment a partir de la revalorización del *Persiles*, la imagen de un Cervantes mucho más «tridentino», por decirlo en una palabra de la que resulta difícil desprenderse, a la hora de estudiar el tema hagiográfico en los textos cervantinos**.** Bien es verdad que por otra parte el cervantismo actual, salvo algunas pocas excepciones, tiende a reflejar cierta desconfianza acerca de los planteamientos de tipo ideológico. Pero en realidad, resulta que esta «desideologización» de la conciencia crítica antes consiste, por lo general, en restituirnos la imagen de un Cervantes «políticamente correcto», o en todo caso bastante alejado de las posturas marginadas o heterodoxas que se le atribuyeron en otros tiempos. La idea de un Cervantes que escribía con reticencias y dobleces desde la periferia, tan afanosamente forjada por Américo Castro, tiende a desaparecer del campo del cervantismo actual.

Sin que se trate, ni mucho menos, de volver a los extremos de quienes llegaron a considerar a Cervantes como un auténtico disidente, ni tampoco de caer en las rigideces de los ideólogos de turno, me ha parecido útil volver a examinar el tema de la santidad en los textos cervantinos, especialmente en el *Quijote*, a partir de las aportaciones de Américo Castro. O sea, desde esta vertiente «olvidada», que tiende a desaparecer, hoy en día, bajo las nuevas capas de la reflexión crítica, y las recientes embestidas de los que mantienen vigente la idea de que el *Quijote* es antes que nada un libro de entretenimiento y se muestran más bien reacios a cualquier intrepretación o conjetura que discurra por otros campos que los de la risa y de la burla.

## La materia hagiográfica

No creo que se haya llevado a cabo hasta la fecha ninguna recensión exhaustiva del material hagiográfico diseminado en el corpus cervantino, ni tampoco pienso hacerlo por supuesto en estas páginas, sino tan sólo recordar

unos cuantos datos para dar una idea, aunque muy aproximativa, del espacio que ocupa en la obra de Cervantes.

Por lo que toca a la narrativa, es notable, aunque nada sorprendente, la ausencia de dicho material dentro del universo «gentílico» de *La Galatea*; si bien ésta no carece, ni mucho menos, de cierto trasfondo religioso, ampliamente valorado y comentado por los estudiosos. Tampoco tiene mucha vigencia la materia hagiográfica en la primera parte del *Quijote*, donde apenas se la ve aflorar de forma intermitente y con una concentración significativa, eso sí, de materiales tomados de la tradición mariana, en torno a la figura un tanto ambigua de *Lela Marién* (I, 40-41). En cambio, donde el tema hagiogáfico adquiere mayor relevancia es en la segunda parte del *Quijote*, en la que se convierte casi en *leit-motiv*. Desde los coloquios iniciales, entre Sancho y don Quijote, en los que se contempla la «profesión» de santo como una alternativa a la de caballero andante (II, 8), hasta el sorprendente encuentro en campo raso, con cuatro santos de tamaño mayor (II, 58), sin contar con un «santo a la jineta» (II, 16) y algunas otras alusiones y reminiscencias de menor cuantía, como la inesperada intercesión de Santa Apolonia en los capítulos preliminares (II, 7), bien se puede decir que la materia hagiográfica jalona la trayectoria de los protagonistas y ocupa un lugar nada despreciable en el trasfondo ideológico en el que discurren los personajes y las voces de la novela. En cuanto al *Persiles*, el mismo eje temático de la novela (la pregrinación de los amantes hacia Roma) vincula el relato con la problemática de la salvación, amén de que abundan en ella visitas a diferentes santuarios marianos, oraciones y milagros, siendo tal vez lo más llamativo al respecto, el que la trayectoria de los amantes, inicialmente presentada como *peregrinatio amoris*, se bifurque en la alternativa final, por lo demás recurrente en los textos cervantinos, entre amor humano y amor divino (IV, 10). Por cierto, las *Novelas ejemplares*, vienen igualmente salpicadas de reminiscencias y alusiones a santos y santuarios, si bien el material hagiográfico no cubre tanto espacio como en los relatos antes citados, ni llega a mayor transcendencia. En cambio, dicho material llega a ocupar un lugar privilegiado en la producción dramática cervantina, especialmente en las obras primerizas (las llamadas comedias «argelinas») y por supuesto, en *El rufián dichoso*, por ser ésta precisamente la única «comedia de santos» que salió de la pluma de Cervantes. A todo ello, que no es poco, pero que tampoco es mucho, cabe añadir unas cuantas poesías sueltas, respectivamente dedicadas a San Francisco de Asis, a San Jacinto y a Santa Teresa.

Ahora bien, ¿cómo se presenta y da a conocer el material hagiográfico en dichos textos?, ¿exalta Cervantes las figuras de la Virgen María o de los santos que se evocan o se representan en sus obras?, ¿adopta una actitud piadosa y respetuosa para con ellas?, ¿o bien las trata con sorna e ironía?

Sabido es que todas estas preguntas, como suele ocurrir en cualquier asedio a los textos cervantinos, han dado lugar a respuestas contradictorias, en función de los *a priori* ideológicos de los comentaristas, y lo más probable es que, como siempre, según los ejemplos que se traigan a colación, resulte más o menos fácil defender uno u otro punto de vista. Todo ello se debe, sin lugar a dudas, a la nunca tan bien denominada ambigüedad del texto cervantino, tan desconcertante por la capacidad que mantiene en orientarnos, como ya se sabe,

hacia los puntos de vista más dispares, y hasta contradictorios e irreconciliables. Cuanto más que siempre se ha de contemplar la posibilidad —no siempre tomada en cuenta por los exegetas— de que Cervantes cambiara de parecer, alguna que otra vez, a lo largo de su vida, y no mantuviera una coherencia sin fallas en todas las cuestiones más o menos candentes que abordaría en sus obras. Así que bien se entenderá, con estas salvedades, que no se pretende zanjar en esta breve cala sobre la santidad en el *Quijote* ningún debate de fondo, sino tan sólo mantener vigente la lucecita del pensamiento «americo-castrista», en la medida en que éste, por más que nos resulte en algunos aspectos parcial y excesivo, pueda ayudar en aclarar nuestra difícil y tortuosa lectura de los textos cervantinos.

## La «hipocresía heroica»

Entre las afirmaciones más discutidas de Américo Castro, y de las que él mismo llegó a «renegar», no puede faltar desde luego el malsonante epíteto que le aplicó a Cervantes, «tachándole» poco menos que de «hipócrita», aunque sabido es que el primero en mencionar la palabra «hipocresía» con respecto a Cervantes no fue Américo Castro sino el propio Ortega y Gasset [1984, p. 184-185]. Así y todo, el uso del vocablo *hipocresía* no contribuyó poco a falsear el debate, por más que Castro se empeñara en distinguir entre la buena y mala intención que podía encubrir el concepto [1972, p. 303; 308-309]. En realidad, la palabra apropriada no era ésta, ni tampoco lo era el concepto. La actitud adoptada por Cervantes, así como la que tuvieron que adoptar cantidad de escritores, científicos e intelectuales frente a la arbitrariedad del poder y de la censura, no tenía por qué relacionarse con el vicio de la *hipocresía*, sino más bien con una auténtica virtud social, propia del hombre prudente y avisado*: la disimulación*. Considerada, al igual que la astucia, como una virtud controvertida, ésta fue elogiada y celebrada por los tratadistas desde la Antigüedad, en relación con la ironía socrática, o como forma peculiar de la *prudentia*, y hasta llegó a formar parte de las cualidades del cortesano, tal como se concebía este personaje emblemático y se le retrataba en los manuales de civilidad**.** Así que no sería de extrañar, ni tampoco tan escandaloso que Cervantes usara, en su vida como en sus escritos, cierta *dissimulazione onesta*.[2]

Ahora bien, poco importa al fin y al cabo que la palabra *hipocresía* resultara mal empleada y tal vez peor entendida, ni tampoco importa tanto el que hayan coincidido en aplicarla a Cervantes, en sus respectivos contextos históricos e ideológicos, dos de las más grandes figuras del cervantismo del siglo xx. Lo que sí importa en cambio es la validez de sus premisas y la pertinencia de los argumentos en que ambos se fundaron para sustentar su lectura de los textos cervantinos.

En el caso de Ortega y Gasset cabe reconocer que la «hipocresía» que éste le atribuye a Cervantes, antes se parece a una brillante conjetura, en torno al título de las *Novelas ejemplares*, que no a una valoración documentada y explícita de los textos y del pensamiento cervantinos. En efecto, para el autor de las *Meditaciones del «Quijote»*, la calificación de «ejemplares» —a su modo de ver inadecuada— que Cervantes aplica a sus novelas, no sería más

que un indicio de esa «heroica hipocresía» que tuvieron que compartir, no sólo en España, sino también en todas las monarquías católicas de Europa, los «hombres superiores del siglo XVII» [1984, p. 184]. En cambio, la cantidad de citas acumuladas por Américo Castro y las observaciones que acompañan las mismas constituyen sin lugar a dudas una sólida aportación para el conocimiento del trasfondo ideológico en el que se forjó y se movió «el pensamiento de Cervantes». Y la verdad es que los materiales que el maestro trajo a colación, así como sus comentarios, resultaron en su tiempo lo bastante probantes y sugestivos como para ser avalados, eso sí con alguna que otra salvedad y reserva, por buena parte de las sucesivas generaciones de cervantistas. Ahora bien, los diferentes estratos y matizaciones que el maestro aportó en sus múltiples contribuciones al estudio del pensamiento religioso de Cervantes son lo suficiente conocidos como para no dar cabida aquí a más amplios comentarios. Baste con recordar, para lo que nos interesa, que no contribuyó poco a abrirnos los ojos sobre los artificios de toda una retórica de la disimulación, a base de alusiones y guiños destinados del lector inmediato, no siempre lo suficiente claros y manifiestos en los textos cervantinos como para no necesitar notas a pie de página y comentarios eruditos. Y eso que no siempre sus aportaciones resultaron bien aprovechadas.

Es significativo, al respecto, por lo que toca al tema de la hagiografía, que una de las pistas señaladas por Américo Castro en relación con el culto de Santiago en España haya quedado casi completamente ignorada por la crítica especializada. Me refiero al papel que pudo desempeñar en la génesis del *Quijote* el asunto de los plomos de Granada, relacionado con la peliaguda cuestión de la venida de Santiago a España y de su legitimidad como Santo patrono.[3] Bien es cierto que dicha hipótesis, por venerable que sea, no pasa del terreno de la razonable conjetura. Pero así y todo, nos invita a abrir los ojos sobre un dato esencial a la hora de estudiar el tema hagiográfico en la obra de Cervantes. Y es que toda ella se compuso, a excepción de *La Galatea* y de unas comedias primerizas, en el contexto del proceso de beatificación de Santa Teresa (1592-1614) y de su canonización (pronunciada en 1623), o sea, durante este período de sospechas, rivalidades y controversias que iba a desembocar en la contienda en torno a la cuestión del Patronato, en la que se enfrentaron nada menos que las dos mayores figuras hagiográficas de aquel entonces: Santiago y Santa Teresa. Ahora bien, sabido es que no faltaron poetas y escritores que tomaron parte en la polémica y echaron, con más o menos brío, su cuarto a espadas. Y Cervantes: ¿se desinteresaría del asunto?

## Don Santiago y don Quijote (II, 58)

La imagen de Santiago que nos transmiten los textos cervantinos no se puede considerar como irreverente, pero lo cierto es que tampoco resulta muy halagüeña. Su aparición en el *Quijote*, bajo la forma de una talla de madera estimada en unos cincuenta ducados, viene envuelta en comentarios de don Quijote y reparos de Sancho, que no carecen de cierto humor y resultan por lo menos ambiguos (II, 58). Ahora bien, nadie ha rebatido, que yo sepa, de manera convincente, los comentarios que inspiró a Américo Castro este

capítulo del *Quijote*. Es muy reveladora, al respecto, la «lectura» que nos ofrece Margherita Morreale de este mismo capítulo en el volumen complementario de la edición de Rico (1998), en la que se transparenta un indudable rechazo de las interpretaciones de Américo Castro, sin que la argumentación llegue a cuajar en una posición clara y abiertamente contraria.[4] ¿Abogaría Cervantes a favor de don Santiago por boca de don Quijote? ¿O se burlaría de la creencia en las supuestas apariciones y hazañas celestes del Matamoros?

Si nos fijamos en la fecha de composición del capítulo 58 del *Quijote* podemos arriesgar la hipótesis, con un alto porcentaje de probabilidades, de que debió de redactarse en un período muy cercano al verano del año 1614, ya que que en el capítulo siguiente es donde se menciona por primera vez la existencia del *Quijote* de Avellaneda, que sale de las prensas durante este mismo verano. En relación con el tema que nos ocupa, esto significa que Cervantes debió de redactar el episodio del encuentro con los santos ensabanados en el momento en que se estaba llevando a cabo la beatificación de Teresa de Avila (abril 1614). O sea en un período de mayor tensión en la vida religiosa y política, ya que entonces es cuando el Procurador de la Orden de los Carmelitas descalzos propone al Rey Felipe III que Teresa fuese proclamada nada menos que *Patrona de las Españas.* Por supuesto, este ataque frontal de los partidarios de Teresa contra el patronazgo de Santiago, venía precedido y respaldado por toda una labor de crítica y de denuncia de ciertas supercherías historiográficas relativas a la supuesta venida del apóstol a España y a su tan famosa «aparición» en la batalla de Clavijo.[5] Huelga decir por lo tanto que no se trataba de ningún tema baladí. De modo que se nos hace muy difícil imaginar que Cervantes lo tocara por casualidad, ni que adoptara una actitud frívola en semejante contexto. Lo más probable, ya que se resolvió en abordar un tema tan candente, es que lo hiciera con intención. De ahí, la necesidad de contrastar los datos históricos con un estudio sistemático de la retórica cervantina y de las estrategias discursivas adoptadas en el texto para tratar de ver en qué medida puede autorizarse o no la hipótesis de una lectura irónica.

Sabido es que las marcas de la ironía son difíciles de rastrear, siendo precisamente su principal característica la de obligar al lector a interrogarse sobre la eventualidad de una doble intención. De ahí que no sea de esperar que nos topemos con ninguna «señal luminosa» unívoca e irrefutable. Baste con registrar por lo tanto la presencia de uno o varios indicios, bajo la forma de determinadas figuras constitutivas de la retórica de la ironía, para dar pie a una «razonable sospecha». Pues bien, un inventario sistemático permite comprobar que el episodio que nos interesa se caracteriza precisamente por una fuerte concentración de procedimientos que los manuales de retórica suelen relacionar con la figura de la ironía: la hipérbole, el asteísmo (censura en forma de elogio), la burla, la falsa ingenuidad, el juego de palabras, el equívoco y unos cuantos procedimientos afines. Bien es verdad que siempre queda la posibilidad, para el lector, de «neutralizar» estos indicios y de atenerse al sentido literal. Sin embargo hay pasajes en los que la ironía queda tan patente que resulta imposible hacer caso omiso de ella: el chiste sobre la «media caridad» de San Martín, por ejemplo, bien puede considerarse como una broma inocente, pero no deja de ser una broma. La cual, por más trivial que resulte, encierra su pequeña dosis de malicia y no poca sorna, por parte de Sancho,

puesto que hasta llega a provocar la risa de don Quijote. Ahora bien, la risa del protagonista no parece ser la mejor forma de predisponer al lector a que se tome en serio, a continuación, las «alabanzas» de don San Diego Matamoros. Cuanto más que éste era, en aquel entonces, objeto de mofas por parte de los partidarios de Teresa que consideraban la leyenda del Breviario de Santigo, no sólo como una piadosa falsificación, sino como una auténtica estafa. Y por si fuera poco, el mismo procedimiento se repite a continuación. En efecto, el segundo «elogio» de Santiago pronunciado por don Quijote, viene igualmente precedido por otro chiste «inocente» en forma de equívoco debido a la «ingenuidad» de Sancho que se exlama: «¡*Santiago y cierra España!* ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla, o qué ceremonia es ésta?»

Así que, en resumidas cuentas, como resulta difícil imaginar que Cervantes escribiera este capítulo a tontas y a locas, no queda más remedio sino aceptar la idea de que hubo por parte suya intención deliberada de entremezclar la risa y la burla con las alabanzas de Santiago que se ponen en boca de don Quijote. O sea que no parece excesivo considerar dichas alabanzas como harto sospechosas.

Aparte de la risa incongruente (?) que las precede, las mismas palabras elogiosas que pronuncia el protagonista tampoco carecen de indicios que predisponen a una lectura irónica de las mismas. Don Quijote adopta en efecto un tono enfático («este gran caballero de la cruz bermeja») y unos giros hiperbólicos, a base de redundancias y enumeraciones («muchas veces le han visto visiblemente», «derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones»), antes propios para provocar la sonrisa del lector que no para despertar piedad y devoción. Bien es verdad que cada uno estornuda como Dios le ayuda y que también cabe la posibilidad de que esta rimbombante retórica pueda suscitar el entusiasmo y fervor de un adicto. Pero lo cierto es que los procedimientos y figuras utilizados en el texto, no sólo forman parte de los que entran en la categoría de la ironía, sino que casi rayan en la representación caricaturesca, ya que al fin y al cabo las hipérboles de don Quijote no son sino una amplificación verbosa de la representación más tópica y trillada de la tradición iconográfica del Santiago Matamoros, tal como se recoge además, en palabras del propio narrador, al descubrirse la talla del retablo: «se descubrió la imagen del Patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas». Así que: *dubitat Augustinus* (DQ, II, 25 y 50).

De hecho, la duda es tanto más legítima cuanto que este vibrante «elogio» de las hazañas de don Santiago en los campos de batalla, no se compagina muy bien con los comentarios un tanto amargados que le inspira a don Quijote su encuentro con semejantes «santos y caballeros». En efecto, el desvelamiento de las estatuas del retablo se concluye por una breve comparación —con la que ya está familiarizado el lector del *Quijote*— entre la profesión de los que pelean «a lo divino» y la de los que pelean «a lo humano». Ahora bien, esta variante tan cervantina del tema de las Armas y las Letras pone de realce, una vez más, como es de costumbre bajo la pluma de Cervantes, que resulta «mejor» y sobre todo mucho más sosegado pelear a lo divino que no a lo humano. Es lo que se

desprende, por lo menos, de las palabras de don Quijote y de la «moraleja» que Sancho saca de esta «aventura», al parecer muy de su gusto:

> En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos ha sucedido: della hemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano a las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos. Bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos (II, 58; I, p. 1097).

Además de esta fugaz evocación del debate de las Armas y las Letras, que no está del todo exenta de malicia, se injerta en el episodio otro tema afín al de la santidad que tampoco parece muy propio para exaltar la devoción a cualquier palo que se presente en figura de santo. Todo lo contrario. Se trata de la censura de las supersticiones populares que don Quijote toma a su cargo con unas disquisiciones en torno a la idea, también recurrente en los textos cervantinos, de que no hay que fiar de los agüeros. Pero aparte de que esto no le impide a don Quijote considerar como «buen agüero» y «felicíssimo acontecimiento» el haberse topado con las santa imágenes (lo que no carece de gracia), cabe preguntarse a qué viene esta alusión a las creencias supersticiosas en semejante contexto. ¿estaría llamándole la atención Cervantes al «discreto y cristiano» lector sobre lo poco que son de fiar las maravillosas imágenes de los retablos de santos?

## El retablo de don Santiago

Aparte del problema teológico que pueda plantear, la presencia de imágenes en el texto constituye en sí, a través de la figura de la *ekphrasis*, una invitación a una doble lectura, en la que se combinan descripción y narración, amén de las glosas, diálogos y comentarios que suscita el desvelamiento progresivo de los santos ensabanados. Y de hecho, si examinos la estructuración de la secuencia en la que se enmarca esta «aventura», se combrueba que ha sido objeto de una minuciosa y singular «escenografía» desde el diálogo preliminar, hasta los comentarios retrospectivos que cierran el episodio.

En primer lugar, don Quijote y Sancho se encuentran con cuatro bultos ensabanados, dispuestos en un verde pradecillo, que resultan ser «unas imágenes de relieve y entalladura» llevadas con mucho recato («cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren») por una docena de hombres para colocarse en el retablo de una aldea. De ahí que infiera don Quijote que «imágines que con tanto recato se llevan sin duda deben de ser muy buenas». A lo que responde uno de los aldeanos: «¡Y cómo si lo son! […] Si no, dígalo lo que cuesta, que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados […]». Ahora bien: ¿a qué vienen estas consideraciones crematísticas en torno a figuras de santos y objetos de culto? Desde luego no carece de gracia la respuesta del aldeano (¿otra forma «chiste inocente»?), pero antes que nada sus palabras equivalen a quitarles todo valor espiritual a las imágenes para reducirlas al estado de meras mercancías, cuyo valor se cifra en determinada cantidad de ducados.

Por otra parte, al acceder a la demanda de don Quijote, el aldeano convierte los santos en objeto de espectáculo, cuya verdad se sustenta a su vez en la posibilidad de poner sus imágenes (nunca tan bien nombradas) ante los ojos de quien pueda dar testimonio de su «verdad»: «y porque vea vuestra merced esta verdad, espere vuestra merced y verla ha por vista de ojos». Con lo que se abre una larga serie de notaciones «visuales», que da lugar a un complejo juego entre el velamiento y el desvelamiento, lo oculto y lo evidente, el ser y el parecer, la ceguera y la luz, en el que ni siquiera falta el discreto (o tal vez casual) contrapunto del episodio de San Pablo en el camino de Damasco, que cierra el final de la serie. Huelga decir que este juego de miradas y pareceres que se focalizan sobre representaciones hagiográficas no resulta en modo alguno ocioso ni inocente, ya que se sitúa exactamente en una de las líneas divisorias más tensas entre el pensamiento reformista, inspirado en las ideas de Erasmo, y el contrarreformista, ratificado por los edictos del Concilio de Trento, respecto al culto de las imágenes. De modo que el mero hecho de que el episodio esté encabezado con una alusión explícita al valor venal de dichas imágenes antes induce a pensar que el tema se plantea en términos críticos que no en términos encomiásticos. Pero hay más.

El cuestionamiento de la «verdad», que abre el episodio, es también el que cierra dicho episodio. En efecto, vuelve don Quijote *in fine* sobre el problema de la verdad, ya no de las imágenes, sino de los textos en que éstas se fundan, insistiendo en la autenticidad de las apariciones y hazañas de Santiago Matamoros en los campos de batalla, como si tuviera necesidad de acreditarlas a intención de Sancho: «y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan». La frase ha dado mucho que pensar (ya que parece sobrentender que si hubo historias «verdaderas», también debió de haberlas «falsas») y hasta se ha llegado a interpretarla como una reivindicación de la «verdad» de las historias «españolas» frente a sus impugnadores extranjeros.[6] Pero si bien, como se ha dicho, siempre cabe la posibilidad de tomar al pie de la letra las palabras de don Quijote, es muy difícil pasar por alto (amén de todos los indicios y marcas de ironía que se acaban de rastrear en el texto), el que el concepto de «verdadera historia» es poco menos que un bordoncillo irónico con el que el lector del *Quijote* no puede toparse, a estas alturas, sin que le entren ganas de sonreirse, o por lo menos, sin que recuerde la cantidad de veces en que se emplea en el texto, por supuesto en son de burla, siendo la primera de estas «historias verdaderas» la del propio don Quijote. Además, tampoco deja de resultar extraño y llamativo el que afirmaciones tan rotundas y palabras tan definitivas no despierten ningún eco y no estén acompañadas de comentario alguno, ni por parte del narrador, ni por parte de Sancho que cambia de tema de manera tan abrupta como inesperada para evocar las desenvolturas de Altisidoras («Mudó Sancho plática y dijo a su amo» etc. ). Dicho de otro modo, el debate se corta en seco, como suele ocurrir en los textos cervantinos toda vez que el autor se autocensura o disimula con reticencias signicativas: «y no digo más».

Con todo, resultaría incompleto el análisis de esta secuencia, de no volver sobre lo que constituye tal vez su rasgo más peculiar, dentro de la serie de las «aventuras» de don Quijote y Sancho: su (re)presentación en forma de espectáculo. Es poco menos que evidente, en efecto, que es el propio don Quijote el

que actúa de «declarador» de las imágenes de tan singular «retablo». El dispositivo convierte así al protagonista en comentarista, mientras Sancho actúa de simple espectador y los aldeanos se contentan con descubrir las estátuas una por una, sin volver a tomar parte en el diálogo. Ello permite (re)presentar las figuras de los santos como una serie de «apariciones», manifestadas en el texto por la recurrencia de los verbos *mostrar* y *parecer*. El conjunto puede considerarse como una hábil y singular antología del género hagiográfico, en la que destaca la figura de don Santiago Matamoros, a la que, a estas alturas, no parece excesivo calificar, de algo maliciosa e irónica.

## Apostilla a modo de conclusión:

La peculiar escenografía que acompaña el «desvelamiento» de los santos ensabanados, la ponderación del valor venal de las imágenes, el humor, la risa y la ironía, son otros tantos rasgos característicos que no pueden dejar de llamar la atención del lector, en un momento de viva polémica en el que se está poniendo en tela de juicio la legitimidad del Voto y del Patronato de Santiago. Con todo, dicha polémica no debe ocultar el problema de fondo que no es en definitiva sino la cuestión tan controvertida del culto a las imágenes. Ahora bien, los textos cervantinos nos enseñan precisamente a desconfiar del poder de las imágenes, así como de las supersticiones y de los falsos milagros o prodigios. Son muy reveladoras, al respecto, las «maravillosas figuras» del *Retablo de las maravillas*, o las del «pintado lienzo» que declaran los falsos cautivos del *Persiles* (III, 10), para sacarles «diez o doce cuartos» a sus necios oyentes. Y eso que tampoco le falta su buena dosis de engaños y mentiras al retablo de Maese Pedro y de su mono adivino (II, 25-27), en el que también se toca, dicho sea de paso, el tema de los agoreros (II, 25) y se pone precio a las figuras destrozadas por don Quijote, al caer encima de la morisma titiritera, como otro furibundo matamoros. Así que: «no digo más»: *operibus credite et non verbis* .

## Notas

[1] El tema de la santidad en el *Quijote*, antes daría materia para un libro que para una simple ponencia, así que se me perdonará presentar aquí tan sólo las premisas de un trabajo de mayor amplitud, sobre Cervantes y la santidad, que se ha de publicar en otra ocasión. Las citas del *Quijote* vienen sacadas de la edición de Rico [Cervantes:1998].

[2] La expresión es de Torquato Accetto [1641].

[3] En realidad, Américo Castro no hizo más que recoger sobre este punto tan controvertido las intuiciones de varios historiadores y eruditos del siglo XVIII y XIX, entre los que cuenta nada menos que el propio Gregorio Mayáns y Siscar, primer biógrafo de Cervantes. Véase Moner[1994] p. 851.

[4] La Lectura de Margherita Morreale acaba con una conclusión en la que se refleja la más extrema perplejidad; véase Cervantes[1998], t. II, p. 215. Pero en las notas complementarias (t. II, p. 615-618), se tiende más bien a desacreditar la interpretación de Américo Castro.

[5] Sobre este período, véase el trabajo precursor de Thomas Kendrick [1960], p. 61-68. Viene con errata (Hendrick) en las citas así como en la bibliografía de la edición de Rico [Cervantes:1998]

[6] Véase el comentario de M. Morreale en Cervantes [1998], t. II, p. 618, nota 1099. 35.

BIBLIOGRAFÍA

ACCETO, Torquato [1641]: *Della dissimulazione onesta*, Napoli, 1641.
CASTRO, Américo [1972] : *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Noguer, 1972 (primera edición: 1925).
CERVANTES, Miguel de [1998], *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. dir. por F. Rico [y] J. Forradellas, Barcelona, Crítica, 1998 (2 vol. ).
KENDRICK, Thomas [1960]: *Saint James in Spain*, London, 1960.
MONER, Michel [1994]: «La descente aux enfers de Don Quichotte: fausses chroniques et textes apocryphes avec quelques énigmes à la clé», Cerdan, F. (ed. ), *Hommage à Robert Jammes*, Toulouse, Presses Universitaires de Toulouse Le Mirail, 1994, 3 vol. *Anejos de «Criticón»*, n°1; vol. 3, p. 849-863.
MORREALE Margherita [1998]; véase CERVANTES [1998].
ORTEGA Y GASSET, José [1984]: *Meditaciones del «Quijote»*, Madrid, Cátedra, 1984(primera edición: 1914).
RICO, Francisco (dir. ) [1998]; véase CERVANTES [1998].